



Día 04 - No pongamos obstáculos a la siembra de la Palabra de Dios

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Dios quiere hablarnos. Por eso nos trae a un lugar tranquilo, para que, «*la Palabra de Cristo abunde en vuestros corazones*» (Col 3,16). Al estar dispuestos a hacer ejercicios, es necesario caer en la cuenta de las disposiciones que tenemos para recibir la palabra de Dios en el alma. No todos están igual de dispuestos, luego, no todos reciben el mismo fruto.

[...] Esto es muy importante, aunque todos escuchan lo mismo, según la disposición, unos sacan más provecho, otros, menos, y quizás otros, nada, «*uno cien, otro sesenta, otro treinta*».

En la Introducción al libro de Las Moradas, Santa Teresa explica el ánimo con el que se pone a escribir el libro, con una actitud humilde y no exenta de su humor más característico:

«Bien creo he de saber decir poco más de lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir, antes temo que han de ser todas las mismas; porque así como los pájaros que enseñan a hablar no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto repiten muchas veces, soy yo al pie de la letra. Si el Señor quiere diga algo nuevo, Su Majestad lo dará o será servido de traerme a la memoria lo que otras veces he dicho, que aun con esto me contentaría, por tenerla tan mala» (Moradas, Introducción, 2).

Santa Teresa expresa a su modo la confianza que tiene San Ignacio en que Dios se puede comunicar a la criatura.

«Creo que quien no creyere que puede Dios mucho más y que ha tenido por bien y tiene algunas veces comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibir las gracias y comunicaciones de Dios. Por eso, hermanas, nunca os acaezca (*el no creer el que Dios puede hacerlo*), sino creed de Dios mucho más y más, y no pongáis los ojos en si son ruines o buenos a quien las hace, que Su Majestad lo sabe» (Moradas 5, 1, 8).

El Principio y Fundamento es la primera página de los Ejercicios, en la que San Ignacio expone las principales convicciones que el ejercitante debe tener para comenzar bien los Ejercicios, para situarse bien ante Dios estos días.

No tiene el formato de las meditaciones y contemplaciones que siguen en el Libro, sino un tono expositivo, con los enunciados muy bien trabados de las verdades que conviene tener en cuenta para arrancar bien la experiencia.

Los Ejercicios son para situarse adecuadamente ante Dios, para «saber estar» ante Dios, tal como lo expresa también Santa Teresa:



«[...] sin ninguna fuerza ni ruido [...] se acuerde que está delante de Dios y quién es este Dios»
(Moradas 4, 3, 7)

Santa Teresa se lamenta de que frecuentemente no sepamos situarnos adecuadamente ante Dios, que desconozcamos cuál es nuestra relación real con Dios:

«No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos» (Moradas 1, 1, 2).

El hombre es criado, es la primera frase del texto ignaciano, que Santa Teresa explica también muy a su modo al hablar de la primera Morada:

«Dios mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza (Gn 1,26). Pues si esto es, como lo es, no hay para qué cansarnos en querer comprender la hermosura de este castillo, porque puesto que hay la diferencia de él a Dios que del criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad que es hecho a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima» (Moradas 1,1,1).

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!